

Doscientos años en la historia de los precios

Durante el período comprendido entre los años 1810 y 1944, la inflación fue un tema menor y verificó una tasa anual promedio inferior al 3%.

La deflación fue un fenómeno bastante generalizado a lo largo del siglo XIX y principios del XX, asociado a las fases recesivas registradas.

A partir de la segunda mitad del siglo XX la inflación se tornó endémica y creciente, con una serie de intentos fallidos para revertirla.

La evolución de los precios de bienes y servicios ha sido una preocupación constante de los argentinos desde mediados del siglo XX y un factor de influencia en el devenir social, político y económico del país. Particularmente, en un contexto como el actual, en el que la escalada de los precios y los riesgos de una espiral inflacionaria se posicionan como unas de las principales inquietudes en materia de política económica, resulta interesante, al cumplirse el bicentenario de la patria, conocer el desenvolvimiento de los precios, que constituyen la variable económica por excelencia, al resumir toda la información vital del mercado, materializar incentivos y guiar la asignación de los recursos.

La propuesta de esta nota es realizar un recorrido a lo largo de los últimos doscientos años en materia de precios. En rigor, el análisis se centra en la evolución de los precios al consumidor, de los que se disponen registros y estimaciones a partir de 1810¹, que permiten organizar una serie continua hasta la actualidad. La información se organiza en períodos que pretenden caracterizarse y analizarse desde una perspectiva histórica, aludiendo a los acontecimientos más significativos de cada momento y contexto.

En menor medida, se hace referencia a otros índices de precios, como los mayoristas, agropecuarios y de la construcción, cuyas series son algo más recientes, aunque igualmente ilustrativas de diferentes etapas de interés a partir del siglo XX, en este caso, por lo que vale la pena rescatar.

Precios minoristas

Algunas cuestiones metodológicas

La serie de precios minoristas que se describe y analiza en esta nota contiene la evolución del índice de precios al consumidor, que resulta del empalme de información y registros provenientes de diversas fuentes².

El período comprendido entre 1810 y 1860 es abordado mediante el cálculo del valor de una canasta representativa de referencia construida ad hoc, de acuerdo a las pautas de consumo de la época. El Cuadro 1 muestra el detalle de la composición de dicha canasta. Algunos bienes característicos de la época, tales como vestimenta y velas, que

¹Datos extraídos de “Dos siglos de economía argentina”, con la dirección de Orlando Ferreres, Fundación Norte y Sur, diciembre 2005.

²Citadas en “Dos siglos de Economía Argentina”, Capítulo 5 (Precios, salarios y ocupación) op. cit. pág. 445.

actualmente hubieran correspondido a los capítulos indumentaria y energía, no pudieron ser incluidos por falta de series completas de precios.

Cuadro 1

Fuente: *Dos siglos de economía argentina*, *op. cit.*

Canasta de consumo representativa	
Período 1810-1880	
Producto	Cantidad diaria por persona
Carne	700 g
Aceite de oliva	50 ml
Azúcar	100 g
Porotos	200 g
Yerba mate	150 g
Fideos	200 g
Galleta	150 g
Leche	200 ml
Sal	20 g
Aguardiente	200 ml
Vino	500 ml

Para los años subsiguientes, el valor de la canasta se fue chequeando y actualizando con información de precios de varias fuentes, salarios de diversas actividades (escribientes, auxiliares, oficiales, lavanderas, archiveros, maestros) y registros de las variaciones sufridas por los diversos rubros, para los que se consideraron tanto precios locales como de importación, como es el caso de productos claves como el del azúcar y la yerba. A partir de 1942, las series son empalmadas con datos del INDEC, que asume la medición oficial de la inflación argentina, a través del Índice de Precios al Consumidor.

Tendencias

Una rápida lectura del comportamiento de los precios en Argentina en los dos últimos siglos es la que se desprende de la observación de la tendencia del nivel general de los precios al consumidor, representada en el Gráfico 1. Como puede apreciarse, el fenómeno inflacionario adquirió mayor relevancia en términos cuantitativos durante el siglo XX, especialmente a partir de los años setenta, cuando las tasas anuales de incremento superaron los dos y tres dígitos.

Ahora bien, la interpretación histórica del fenómeno inflacionario, puede efectuarse con más precisión, agrupando los datos estadísticos por períodos relevantes. El Cuadro 2 resume la información básica por período puntualizando, para cada década, la suba acumulada de precios y el incremento anual promedio. Las principales conclusiones que pueden extraerse a partir de dichos datos son las siguientes:

- De las veinte décadas consideradas en el análisis, cuatro registraron tasas negativas de inflación: dos en el siglo XIX y dos en el XX.
- Hasta 1944, la tasa de inflación promedio fue inferior al 3% anual.
- A pesar de que la inflación no fue un factor de gran preocupación hasta

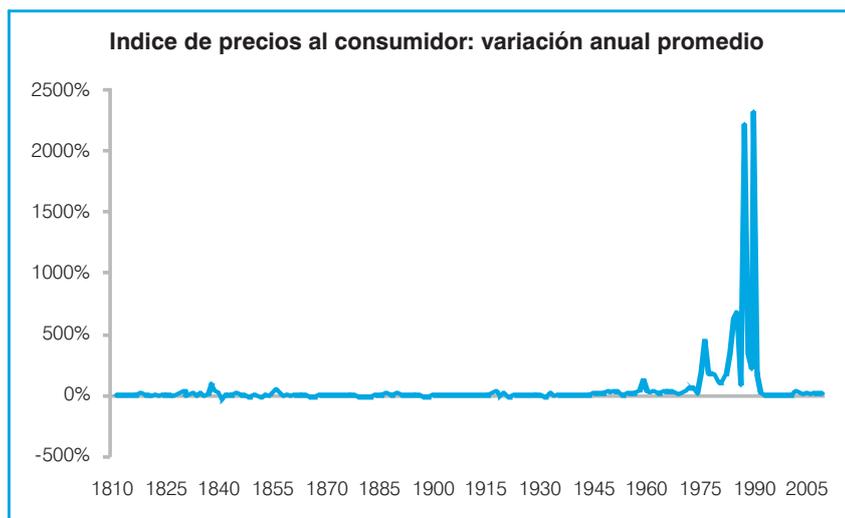


Gráfico 1

Fuente: elaboración propia en base a datos de Orlando Ferreres, *op. cit.*, INDEC y CREEBBA.

mediados del siglo XX, algunos períodos del siglo XIX se caracterizaron por fuertes fluctuaciones en los precios internos, asociadas a oscilaciones en los precios internacionales y a conflictos políticos domésticos.

- La deflación fue un fenómeno bastante generalizado a lo largo del siglo XIX y principios del XX, asociado a las fases recesivas registradas en dicha etapa y vinculadas a la economía mundial. Sin embargo, luego de la Gran Depresión de los años treinta, prácticamente desapareció.
- A partir de 1945, la inflación se tornó endémica y creciente, con una serie de intentos fallidos para revertirla. La tasa promedio anual a partir de ese momento y hasta la implementación del Plan de Convertibilidad en 1992, se ubicó en torno al 200% anual, pasando por períodos de hiperinflación como en 1987/1990, donde el IPC llegó a superar el 2.300% de incremento anual.
- Durante la década del noventa, tras la drástica reducción de la tasa de inflación asociada a la paridad fija peso-dólar, las subas anuales se ubicaron mayormente por debajo del 1% e incluso se verificaron tres períodos consecutivos con deflación entre 1999 y 2001, como consecuencia de una nueva recesión económica.
- A partir de 2002, tras el abandono del tipo de cambio fijo y la fuerte devaluación del peso, la inflación retomó impulso, incrementándose el IPC solamente ese año más del 40%. Posteriormente hubo una desaceleración de la tasa inflacionaria, que se revirtió a partir de 2007, cuando el ritmo de crecimiento de los precios comenzó a acelerarse nuevamente.
- Actualmente, con pronósticos inflacionarios que toman como piso un 25% a 30% para 2010, en el contexto de fuertes renegociaciones salariales, aplicación de ajustes demorados en tarifas, aumento en los precios mundiales e internos de los productos primarios, un delicado panorama financiero del gobierno y presiones para nuevos ajustes en el tipo de cambio, entre otros factores, el problema inflacionario se coloca una vez más en el centro de la escena económica.

Cuadro 2

Fuente:
elaboración
propia en base a
datos de Orlando
Ferrerres, op.
cit, INDEC y
CREEBBA.

Índice de Precios al Consumidor		
Período	Suba acumulada	Var. promedio anual
1810-1820	32%	3,0%
1821-1830	40%	3,8%
1831-1840	259%	16,5%
1841-1850	-27%	-1,8%
1851-1860	28%	3,8%
1861-1870	-13%	-0,9%
1871-1880	19%	1,9%
1881-1890	35%	3,4%
1891-1900	0%	0,2%
1901-1910	19%	1,8%
1911-1920	98%	7,5%
1921-1930	-29%	-3,3%
1931-1940	-6%	-0,2%
1941-1950	225%	13,0%
1951-1960	1064%	30,6%
1961-1970	586%	21,5%
1971-1980	258375%	141,6%
1981-1990	2018852359%	786,9%
1991-2000	302%	21,4%
2001-2009	195%	12,9%

Esta sección está basada, fundamentalmente, en el capítulo "Precios, salarios y ocupación", de Ricardo Arriazu, incluido en *Dos Siglos de Economía Argentina*.

El contexto histórico

Algunos comentarios referidos a los acontecimientos que dominaron la historia argentina durante los dos últimos siglos pueden ayudar a comprender mejor el por qué del desenvolvimiento de los precios de la forma descripta en el apartado anterior.

Durante la primera mitad del siglo XIX, la evolución de los precios domésticos estuvo directamente relacionada con la trayectoria de los precios de las exportaciones e importaciones y del tipo de cambio. En dicho período hubo picos importantes de inflación, siendo los más destacados los que tuvieron lugar entre 1837 y 1840, tras lo cual se produjo el bloqueo francés que determinó el cierre de todos los puertos de la Confederación Argentina. Luego de su levantamiento, los precios cayeron un 40% en un solo año. Posteriormente, entre 1848 y 1852, se registraron descensos en todos los años en el índice general de precios, lo cual estuvo asociado a una clara fase recesiva de la economía argentina. Tras registrarse en ese lapso una deflación del orden del 40%, a partir de 1853, la tendencia se revirtió y el país enfrentó un nuevo brote inflacionario. Entre 1855 y 1857 los precios se duplicaron, alcanzándose el pico de crecimiento en 1856, con una variación general del 43%.

El comportamiento los precios se asocia estrechamente a las características del sistema monetario-cambiario del país. Hasta 1930, la Argentina se rigió básicamente por un sistema parecido al patrón oro y, en forma secundaria, por un patrón papel discrecional, aunque siempre con el objetivo de regresar al patrón oro. Cuando en 1860 Buenos Aires se incorporó a la Confederación, las perspectivas económicas, monetarias y fiscales

cambiaron. En Buenos Aires, los agentes económicos utilizaban dinero-papel emitido por el Banco de la Provincia de Buenos Aires para realizar sus transacciones diarias. En el resto de las provincias circulaban monedas de otros países cercanos y billetes provinciales inconvertibles. En 1862, la administración Mitre decretó que la Aduana sólo iba a aceptar como moneda de curso legal la de Buenos Aires, a una paridad de 20 pesos papel por 1 peso fuerte, que era el numerario metálico de la economía.

Entre 1862 y 1868 se destacó un primer subperíodo de tres años dominado por expectativas inflacionarias y una tasa de crecimiento anual de los precios cercana al 10%, en tanto que los cuatro últimos años que conformaron la segunda etapa se caracterizaron por una apreciación del papel moneda y una suba de las tasas de interés nominales y reales. En esta fase, hubo deflación, a una tasa anual promedio superior al 10%. Luego, hasta 1876, la Argentina se integró a la economía internacional, implementando las reglas del patrón oro internacional. Durante la presidencia de Sarmiento, entre 1868 y 1874, la economía se expandió con gran impulso de las inversiones públicas, financiadas por endeudamiento externo y préstamos bancarios. En 1876 se abandonó la convertibilidad entre la moneda nacional y el oro. Por su parte, los precios, que se habían mantenido estables durante todo el período, asumieron incrementos anuales próximos al 10% hasta 1878 inclusive. La administración de Avellaneda, llevada a cabo entre 1874 y 1880, debió enfrentar la depreciación de la moneda, las salidas de capital y una precaria situación presupuestaria. Pese a ello, la inflación se mantuvo en un primer momento relativamente controlada y luego se transformó en deflación. Se adoptó una política monetaria y fiscal restrictiva, en la que el gasto público se redujo un 40%, la base monetaria se mantuvo fija y el tipo de cambio se apreció a los niveles previos al patrón oro, estableciéndose en 25 pesos por fuerte. En este contexto de política económica, se sucedieron cinco años con deflación de precios.

A fines de 1881, se sancionó una nueva ley de reforma monetaria, por la cual se introdujo un sistema de patrón bimetálico, en el cual convivían el peso oro y el peso plata. En 1883 se inició un nuevo período de convertibilidad, que duró poco menos de un año y medio, bajo el que rigió un patrón monetario mixto metálico y fiduciario en el que el peso papel se cambiaba a la par por el peso oro. En este contexto los precios siguieron una tendencia descendente, que se revirtió en 1884, cuando se adoptó un patrón papel en el que el peso fluctuaba contra el oro y otras monedas más importantes. Inicialmente la prima del oro se mantuvo estable pero luego se disparó, de modo que la devaluación de la moneda local llevó al incremento inevitable de la tasa de inflación. Luego, tras la crisis financiera de 1891, el gobierno se comprometió a adoptar una política deflacionaria con el fin de restablecer el patrón mercancía. Así se sucedieron algunos años con inflación baja, que luego se tornó en deflación de alrededor del 10% anual en los tres períodos previos a la restitución de la convertibilidad. En 1899 se creó una Caja de Conversión autorizada a cambiar billetes nacionales por oro y viceversa a un tipo de cambio fijo de 2,27 pesos papel por peso oro, paridad que logró mantenerse hasta el estallido de la Primera Guerra Mundial, en 1914.

Durante los años en los que se desarrolló la guerra, hubo en el país una moderada aceleración inflacionaria. La economía argentina se enfrentó a una importante restricción de oferta, derivada de la dificultad para importar insumos y bienes de consumo final. Adicionalmente, se produjo un cese en la inversión extranjera, a la vez que los ingresos fiscales, que descansaban primordialmente sobre impuestos al comercio exterior, se desmoronaron. Este escenario derivó en un serio desequilibrio fiscal, pese a la reducción aplicada en el gasto público. El salario real sufrió un significativo deterioro, en virtud del avance de los precios, que replicaban la inflación mundial y que se incrementaron a una tasa promedio anual cercana al 15%. Casi sobre el final de la guerra, la economía ingresó en una fase positiva, recuperación que se prolongó hasta 1929. Las importaciones se

normalizaron, los precios internacionales descendieron y la inflación local asumió tasas negativas, que promediaron el 2% anual.

A partir de 1930, con el ingreso de la economía mundial en la Gran Depresión, la Argentina se enfrentó a una fuerte caída en el precio de sus exportaciones, que acompañaron a la deflación internacional. Esto, sumado a la salida de capitales verificada, generó severas dificultades para afrontar los servicios de la deuda externa. En este contexto, se instauró el control de cambios, mecanismo de control de pagos destinado a frenar la depreciación de la moneda sin tener que reducir el crédito ni perder reservas. Como consecuencia, nació un mercado paralelo, con una cotización distinta a la oficial, de hecho más elevada, reflejo de la escasez de divisas. A fines de 1933, surgió la necesidad de modificar el sistema de control de cambios y uno de los cambios fue el desplazamiento del tipo de cambio a un nivel más alto. Durante la década del 30, hubo unos primeros años deflacionarios que acompañaron la tendencia descendente de los precios mundiales, seguidos por períodos de inflación baja, en los que la caída de los precios internacionales era compensada por la depreciación del tipo de cambio.

Con el desenlace de la Segunda Guerra Mundial, la economía argentina evidenció signos inflacionarios. Inicialmente se los vinculó a la suba en los precios internacionales asociados al conflicto bélico. El mayor superávit comercial apuntaló la liquidación de divisas, que eran convertidas a moneda nacional. Esta emisión hizo que los precios de los productos internos no transables se incrementaran. A partir de la posguerra, Argentina registró tasas de inflación crecientes, alcanzando picos cercanos al 40% en 1951 y 1952. Aunque se intentó reducir el déficit fiscal, ajustando los gastos de capital, las erogaciones gubernamentales se elevaron, a causa del aumento del número de empleados públicos y de las transferencias del estado, a la vez que la política monetaria resultó expansiva. En 1952 se creó la Comisión Nacional de Precios y Salarios, que decretó que los ajustes salariales se efectuarían cada dos años. A esto se sumaron controles de precios y subsidios ampliados al consumo de carne, pan y algunos productos agrícolas.

Los precios retomaron su escalada tras la caída de Perón y con la asunción de Frondizi. Las medidas correctivas planteadas inicialmente, como por ejemplo la reducción de subsidios, no resultaron efectivas, de manera que la suba de precios superó el ajuste salarial acordado, lo que motivó una gran presión social y una recomposición posterior de las remuneraciones que derivó en mayores aumentos de precios. En 1957 se intentó un plan de estabilización que incluyó el congelamiento de los salarios por un año. Al asumir Frondizi, se decretó un aumento salarial del 60%, medida que fue acompañada por una fuerte expansión monetaria para dar crédito a las empresas que no tenían otra forma de afrontar esos aumentos. El déficit fiscal creciente fue financiado con emisión monetaria, lo que disparó la inflación, llevándola a tasas superiores al 100% en 1959. Esto condujo a un nuevo plan de estabilización y al primer acuerdo con el FMI. Se impusieron restricciones fiscales y monetarias y controles salariales, que consiguieron sosegar temporalmente la inflación y generar altas tasas de crecimiento en la economía. Luego, hacia fines de 1961 la economía comenzó a desacelerarse, el Banco Central dejó de respaldar el tipo de cambio y se potenció la tendencia alcista de los precios.

La inflación continuó su ritmo creciente, basada en la expansión monetaria según algunas visiones y en causas estructurales según otras. En los primeros años de la década del 70 tuvo su estallido con el llamado "Rodrigazo", intento de ajuste sin respaldo político y sin control de ciertas variables claves, que se basó en el objetivo de eliminar la distorsión de los precios relativos con una fuerte devaluación del tipo cambio comercial y financiero, y que derivó en elevadísimas tasas de inflación, superiores a los tres dígitos anuales. Todas las acciones encaradas luego para reducir la inflación se caracterizaron por éxitos efímeros y aceleraciones posteriores en el ritmo de crecimiento de los precios. En 1985

se implementó el denominado Plan Austral, cuyo aspecto monetario fue marcadamente heterodoxo, basado en la teoría de las expectativas y buscando un “efecto shock”. La medida política central fue el cambio del signo monetario, quitando tres ceros al Peso Argentino para crear el Austral. Para evitar la fuerte transferencia de riquezas de deudores a prestatarios, que ocurre cuando la inflación baja abruptamente, y otras distorsiones debidas a la existencia de contratos fuertemente indexados, se estableció el llamado “desagio”, por el cual, formalmente, el peso argentino se depreciaba frente al austral a la tasa de inflación anterior a la entrada en vigor del plan. Paradójicamente, se requirió una fuerte expansión de la base monetaria, dado que mientras hubo inflación elevada el público buscaba deshacerse de sus pesos cuanto antes, o bien comprando dólares o bien haciendo depósitos de plazo fijo. Por otra parte se buscó un fuerte control de precios. Las tarifas de los servicios públicos, por entonces en manos del Estado, se congelaron y se establecieron listas de precios máximos para los bienes de la canasta básica. También se buscó limitar el aumento de los salarios del sector privado, pese a lo cual el salario real tuvo un alza importante, en parte por la propia reducción de la y en parte por el impacto del desagio en las tarifas. El programa, que inicialmente logró inicialmente una drástica reducción de la tasa inflacionaria, terminó en los hechos cuando hacia 1988 un rebrote inflacionario forzó a crear un nuevo programa, conocido como Plan Primavera, que no lograría evitar la hiperinflación de 1989.

En julio de 1989, el índice general de precios tuvo un incremento cercano al 200%. Luego, tras varios altibajos en el ritmo de crecimiento de los precios, siempre dentro del contexto inflacionario e hiperinflacionario del momento y después de la transición presidencial adelantada de Alfonsín a Carlos Menem, se puso en marcha el Plan de Convertibilidad. El mismo se basó en un tipo de cambio fijo entre la moneda nacional y las principales monedas internacionales, la emisión monetaria sujeta al respaldo de divisas, el logro del equilibrio fiscal y la libertad de precios para permitir la adecuación de los precios relativos. El programa fue exitoso, logrando ubicar a la inflación registrada entre 1994 y 2001 por debajo de la tasa internacional. Incluso, entre 1999 y 2001, se verificaron tasas negativas, aunque esto se asoció a la fase recesiva en la que ingresó la economía. A fines de 2001, la severa crisis político-económica instalada hizo su eclosión y derivó en la renuncia del presidente De La Rúa. El nuevo gobierno implementó una serie de medidas entre las que sobresalieron el abandono del tipo de cambio fijo, la devaluación del peso, la declaración de default de la deuda pública, la pesificación de los contratos y algunas transacciones financieras y la modificación unilateral de contratos públicos y privados. Así, en 2002 hubo un fuerte ajuste de los precios, superior al 40%, tras lo cual la tendencia inflacionaria se moderó, desacelerándose en un primer momento y recobrando ritmo más tarde, en virtud de los reajustes internos por la suba en el valor de la divisa, la expansión del gasto público y la inyección de liquidez destinada a sostener un tipo de cambio competitivo, entre otros factores. Actualmente, con proyecciones inflacionarias que superan el 20%, el riesgo de una espiral inflacionaria es uno de los principales factores de preocupación para el gobierno.

Precios mayoristas y costo de la construcción

A partir del empalme de las series oficiales estimadas por el INDEC con los datos de diversas fuentes de información³ también es posible reconstruir la trayectoria de otros precios de referencia de la economía, como son los precios mayoristas y el costo de la construcción. Aunque las tendencias de estos indicadores han sido similares a las seguidas por los precios minoristas, descriptas en la sección anterior, y han estado

³ Ministerio de Agricultura, Dirección General de Estadística y Censos de la Nación, Anuarios BCRA, ensayos sobre Historia Económica Argentina.

sujetas a las mismas circunstancias históricas, resulta de interés considerar estos datos a modo complementario e ilustrativo.

En el caso de los precios mayoristas, los primeros datos confiables datan de 1910. El Cuadro 2 muestra al índice correspondiente al inicio de cada década. A grandes rasgos, puede decirse que se verificó deflación mayorista en las décadas del 20 y del 30 y una posterior aceleración del índice general, con subas récord entre las décadas del 60 y 90, hasta la implementación del Plan de Convertibilidad, que dio lugar a una estabilización de la tendencia general, para culminar en una nueva deflación entre los años 1998 y 2001. El abandono de la paridad fija y la fuerte devaluación del peso, que provocaron una importante inflación de costos a partir de 2002, reinstalaron la escalada de los precios mayoristas y el riesgo de un crecimiento en espiral. Es interesante observar que el traspaso de las subas mayoristas a los precios al consumidor fue parcial y paulatina, de modo que en parte fue absorbida a costas de márgenes de ganancia de los sectores productivos. Aunque la brecha entre precios mayoristas y minoristas fue reduciéndose en los últimos años, no se cerró en su totalidad.

Los costos de la construcción, también reflejados en el Cuadro 3, se ubican como tales a partir del año 1940. La tendencia desde ese momento hasta la actualidad ha sido siempre positiva, aunque con diversas instancias de aceleración y desaceleración, de acuerdo al contexto económico de cada momento, hasta comienzos del 2000, cuando el índice pertinente exhibió dos períodos consecutivos con variación negativa.

Cuadro 3

Fuente:
elaboración propia
en base a datos de
Orlando Ferreres,
op. cit, INDEC y
CREEBBA.

Índice de Precios Mayoristas

Año	Índice 1993 = 100
1910	0,0000000000232
1920	0,0000000000416
1930	0,0000000000283
1940	0,0000000000379
1950	0,0000000001370
1960	0,000000001860
1970	0,000000001050
1980	0,00000221
1990	44,12
2000	106,3
2010	419,17

Índice de costo de la construcción

Año	Índice 1999 = 100
1940	0,0000000000274
1950	0,000000000162
1960	0,000000000117
1970	0,000000000870
1980	0,00000174
1990	1,65
2000	97,1
2010	440,20

Comentarios finales

El recorrido por las distintas etapas de la historia económica argentina, al cumplirse el bicentenario del país, muestra cómo la inflación ha sido un tema de constante preocupación a partir de la segunda mitad del siglo XX, en tanto que entre 1810 y 1944 se trató de un fenómeno cuantitativamente moderado, de escasa incidencia en el desenvolvimiento económico.

Diversas causas se han atribuido al problema inflacionario, desde el fenómeno puramente monetario hasta las cuestiones de tipo estructural y de organización del país, si bien en rigor se lo reconoce como un hecho multicausal. Muchas han sido también las estrategias para enfrentarlo, con frecuencia exitosas sólo de manera efímera. Al observar la historia, se concluye que los intentos fructíferos por controlar la inflación han tenido como elementos comunes y fundamentos esenciales la adopción de un tipo de cambio fijo, la emisión respaldada de divisas, el equilibrio fiscal y la aplicación de una política monetaria prudente. Hoy que la inflación vuelve a ocupar el centro de la escena, tener en cuenta las experiencias pasadas para delinear los cursos de acción a seguir, resulta esencial. ■